



ACERCA DE LOS AÑOS TREINTA Y SUS DEBATES

José Luis Ledesma
Universidad de Zaragoza

Entre las y los lectores de una revista especializada como esta, es ocioso recordar que la historia nunca queda escrita de una vez por todas. Por razones que no cabe sintetizar en unas líneas, y como en otras disciplinas, la producción del conocimiento historiográfico es una tarea inevitablemente plural, colectiva y no solo acumulativa sino siempre sujeta a debate y revisión.

Por eso, sería temerario poner peros a propuestas de generar un debate, como el que pide el profesor Gabriele Ranzato en el artículo que precede a estas líneas. El debate ha de ser siempre bienvenido, y no solo por un prurito académico. Ciertamente es que ni la academia española ni menos su historiografía descuellan precisamente por el número y profundidad de debates dignos de tal nombre. Véase, si no, el tono destemplado de algunas controversias recientes o cómo los congresos suelen reproducir jerarquías y distancias más que producir espacios de encuentro entre enfoques, ámbitos temáticos y generaciones. Pero eso debería ser un acicate más para afrontarlos. Como lo es también que el objeto del debate pedido sea uno tan rico, relevante y polémico como la década de 1930. Es tanto lo que escribimos sobre la Segunda República y la guerra civil que nunca vendrá mal detenernos a discutir sobre qué, cómo, por qué y desde qué coordenadas lo hacemos.

A pesar de estar de acuerdo en la bondad de tales debates, son dos las razones que me han llevado a aceptar la invitación de la revista *Histo-*

ria del presente y acompañar el texto de Ranzato con una breve réplica. La primera tiene que ver con su propia propuesta. El historiador italiano parece echar de menos un debate, la «amplia y razonada discusión historiográfica» que merecerían sus trabajos. Sin embargo, no se limita a lamentar que no se haya producido, sino que sugiere que no es posible «un auténtico debate historiográfico» sobre los años treinta españoles y encuentra la traba principal en la «intolerancia» de una «neomilitancia historiográfica pro republicana» hacia cualquier obra que ofusque la imagen heroica de la Segunda República.¹ No comparto semejante diagnóstico. Pero lo comparto aun menos, y esta sería la segunda razón, si se me presenta como uno de esos «historiadores militantes». El texto de Ranzato no incluye frase alguna que sitúe mi nombre como sujeto de tales predicados. Pero su argumento viene ejemplificado con el trato que sus obras recientes habrían recibido de tres autores, uno de ellos yo mismo.

* * *

No es demasiado habitual saltarse la falsa modestia académica y reivindicar la utilidad de las obras propias, pero asiste la razón a Ranzato al afirmar que *El eclipse de la democracia* ha tenido mucha mejor acogida en Italia que en España. Es cierto que no aparece citada todo lo que en justicia cabría esperar. Y lo es también que, como señala el autor no sin amargura, hasta 2012 no había merecido ni una reseña de «algún historiador español de categoría», con la





sola excepción de la que escribió Núñez Seixas. En realidad, la obra sí fue comentada de manera breve en balances historiográficos. Incluso mereció una reseña en 2005, que apareció precisamente en esta misma revista, si bien quien la firmaba era un historiador español pero no de categoría.² En ella se lee lo que sigo opinando: *El eclipse* no es solo una sólida y trabajada síntesis de los años treinta españoles, sino que además la vehicula una *domanda-guida*, una tesis fuerte y polémica que aleja el relato de la mera sucesión de fechas, grandes nombres y resúmenes temáticos.

Otras cosas, empero, resultan más difíciles de compartir. Está, para empezar, la explicación que da el autor a esa tibia acogida. No solo la achaca a una cierta displicencia hacia sus escritos, sino que además ve una motivación «política» en el «silencio» sobre ellos, alegato que Ranzato comparte con otros autores cuando achacan a una historiografía «militante» marginar sus trabajos. En el caso de *El eclipse*, la cronología no parece darle la razón. La obra apareció en italiano en 2004 y en castellano dos años después. Por entonces, desde el seno de la historiografía académica se combatía los productos libresco de autores como Pío Moa y César Vidal. Pero hasta donde yo sé, no hacía lo propio contra «autores profesionalmente intachables» que propusieran lecturas poco complacientes hacia la República, aunque solo fuera porque no habían aparecido todavía los libros que las han propuesto y sistematizado.³ De hecho, es la cronología lo que más pudo condicionar la recepción de *El eclipse*. Su versión española veía la luz en 2006, en pleno 70^a aniversario de la guerra, a la vez que un sinfín de títulos que desbordaron la capacidad lectora de hasta el más pintado. Coincidió, además, y debía competir con otras grandes síntesis (Preston, S. Juliá, coord., Casanova), síntesis a secas y breves historias (Graham) de la República y/o la guerra. En esas condiciones, pudieron pasar inadvertidos tanto la obra como que no fuera solo una síntesis, y después se vería arrastrada por el inagotable alud de títulos que no han dejado de surgir.

Una segunda objeción tiene que ver con cómo identifica el profesor Ranzato a sus críticos. El historiador italiano reconoce que no ha sido objeto de anatemas y «ataques clamorosos», pero sí alude a «descalificaciones, implícitas o explícitas», a la deformación de sus afirmaciones y a una cierta «actitud despectiva». Si así fuera, sería un trato injusto. Ahora bien, quizá lo sea también él en su respuesta. Para empezar, censura con dureza a una cierta historiografía militante neorrepblicana. Al parecer, se enfrentaría a cualquier autor crítico con la Segunda República con «actitud anatemizante» y «como si se tratara de defender una ciudadela asediada», y arrojaría sobre cualquier historiador «revisionista» excomuniones y la sospecha de ser «neofranquista». No sé si existe tal historiografía militante, pero, en todo caso, la fiscalización que de ella hace es tan contundente que habría requerido definirla con una mínima precisión. En cambio, lo que el texto presenta es la imagen de un *alter ego* difuso y fantasmal contra el que es fácil cargar. Nada se dice sobre quiénes y cuántos la componen, cómo se define a sí misma, qué grado de coherencia interna tiene o qué tipo de relaciones la tejen como grupo. El lector no puede saber si la conforman solo unos pocos irreductibles o todos los que se identifiquen más con la República que con el franquismo, ni tampoco si para ser considerado miembro hay que refutar los argumentos de otros autores —como Ranzato—, o basta con no hacerse eco de ellos o con haber participado en obras recientes que se supone los refutan.⁴

Por toda precisión, Ranzato rebate los comentarios que sobre su obra hacemos tres autores, se supone que ejemplos de esa escuela. Ahora bien, no creo que nos puedan ser imputables las descalificaciones, acritud, maniqueísmo y «partidismos» que él parece vislumbrar. Tampoco que le hagamos objeto de «la práctica del silencio, de la denigración y de las deformaciones» de sus escritos. Y menos todavía que tras nuestros análisis no haya uso de fuentes y que puedan tener así el mismo valor que las opiniones que





expresé cualquiera «en una conversación de sobremesa» y acabar siendo «mera desinformación». Sorprende que quien reivindica un debate no acepte las críticas y juicios encontrados—base de toda discusión que se precie—, que los invalide presentándolos como meros ataques denigratorios, y también que quien pide dialogar «lo más desapasionadamente posible» emplee a la vez contra sus críticos expresiones gruesas.⁵

En realidad, las que Ranzato dedica a quien esto firma lo son menos que las referidas a los profesores Viñas y Sánchez, pero sigo siendo englobado entre los que le habrían dedicado descalificaciones, actitudes despectivas y deformaciones de sus escritos. Por razones de espacio, y porque no soy quién para responder en nombre de ellos, en lo que sigue me permitiré replicar solo a aquello que me concierne, y regresaré después consideraciones de tipo más general.

* * *

Respecto de sus reproches, es fácil comprobar que no he brindado al profesor Ranzato silencio ni palabras despectivas. Para empezar, él mismo menciona textos en los que no solo hago referencia a sus trabajos, sino que los comento con algún detenimiento, y a los que él cita se podrían sumar otros o la citada reseña de *El eclipse*. Los instrumentos informáticos hacen fácil un recuento: he citado hasta ahora sus trabajos en 36 de mis publicaciones, la mayor parte de ellas en libros colectivos pero también en revistas como *Ayer*, *Historia Social* y *Memoria e ricerca* o mi primera monografía.⁶ En todas esas alusiones, el lector buscará en vano expresión alguna que desacredite a nuestro autor o cuestione su valía profesional. Tampoco la hallará de displicencia o desdén. El propio interesado cita frases en las que subrayo la solvencia e interés de sus obras. No tengo inconveniente en reafirmarme en ellas o en lo que escribí en la mesa redonda de la revista *Spagna Contemporanea* sobre *El eclipse*—en la que el balance más positivo del libro era el mío—, como no lo tengo en añadir que siem-

pre he encontrado estimulantes sus propuestas de estudio sobre cuestiones como la violencia anticlerical o las violencias que se generan en las guerras civiles. Y por cierto que lo digo alto y claro. Espero así rebatir así la penosa acusación que me hace el profesor de la Universidad de Pisa cuando parece atribuirme el burdo maquiavelismo de ser «generoso» con él solo en «publicaciones de escasa difusión».

Por último, tampoco se encontrará en mis escritos que le califique de «revisionista» identificándolo con «neofranquista». Tiendo a seguir las prevenciones de Enzo Traverso cuando advierte de los riesgos que tiene arrojar una noción tan «problemática y a menudo nefasta» como la de revisionismo. Riesgos como remitir por contraste a una ortodoxia supuestamente traicionada, olvidar que la revisión es inherente al trabajo de los historiadores o soslayar que los revisionismos implican cambios en la representación del pasado que no se dirimen solo en el terreno historiográfico. Así las cosas, considero impreciso llamar «revisionistas» a autores como Moa y Vidal, porque tal adjetivo le viene grande a una literatura que no busca revisar nada sino solo reciclar el argumentario franquista. Y me he resistido a adjudicárselo a autores como Ranzato o Del Rey, hasta que ellos lo han reivindicado, por su carga peyorativa y para evitar posibles confusiones, porque creo que la mirada que proponen «no tiene nada que ver con lo que vomita la ensayística *prêt-à-porter* neofranquista». De hecho, en mis intentos de proponer una guía de lectura de la historiografía sobre la Segunda República, estoy lejos de equiparar ambos grupos que sitúo otro entre los dos que los separa todavía más.⁷

Lo que sí se encontrará en esos textos es análisis críticos de los argumentos de Ranzato y conclusiones diferentes. En ellos, creía ver una serie de enfoques o «grupos» y centraba mi atención en dos que no se identificarían ni con la leyenda negra de la República y el Frente Popular—porque, pese a la errónea interpretación de Ranzato, no englobo sus trabajos en





esa aciaga imagen— ni con una «rosa» que los idealice sin más. A uno, más seguido hasta ahora, lo defino como la recuperación crítica de ese periodo frente a la leyenda negra sin incurrir en la rosa. Al otro lo he llamado «una revisión» de ese periodo y vendría a corregir los excesos de la segunda leyenda sin recaer en la primera. Es en ese segundo enfoque donde englobaba los trabajos recientes del historiador italiano.

Ni que decir tiene que toda clasificación de este tipo es convencional y que tiene algo de simplificación hablar de grupos en cuyo seno puede haber sensibilidades dispares. Con todo, no parece que sea ahí donde el autor italiano halla motivo de desavenencia. Tampoco en que le sitúe en uno de los dos enfoques. Está quizá en el hecho de que yo me encuentre más cerca del primero —aun menos homogéneo que el otro— y que evalúe de modo más crítico la literatura del segundo aunque sin negarle legitimidad ni su utilidad; porque eso quería decir, y no denigrarla, cuando escribí que plantea desafíos para las otras lecturas del periodo.

De modo que no creo ser tan buen ejemplo de furibundo e intransigente militante. Quizá Ranzato se precipitara al incluirme en la nómina de sus peores críticos. Ignoro si me atribuye pecados ajenos o, sin hacerlo, me engloba en un grupo de supuestos pecadores sin aclarar de qué faltas soy reo y de cuáles no. De su texto habría que deducir que mi falta sería mutilar sus citas y resumir sus argumentos de modo «pobre, parcial y deformado». Debo darle la razón: las reseñas rápidas de una obra a menudo no le hacen justicia. Ahora bien, es casi inevitable, no suele disponerse de espacio para mostrar todos los matices. Resumir implica tratar de sintetizar en pocas líneas lo que el crítico considera más relevante, lo cual siempre es arriesgado, y en mi caso se trataba además de integrarlo en un relato donde hubiera cabida para diferentes enfoques y muchas más obras. Entono el *mea culpa* si mi crítica es injusta. Pero su acusación no lo es menos porque me presupone mala fe. Frente a lo que sugiere, ni busqué deformar y

resumir capciosamente su argumentación, ni me serví de su obra como pretexto para tener un *sparring-partner* y exponer mis «juicios y prejuicios».

Prejuiciar habría sido, al revés, no prestar atención a los análisis de autores como él, mencionarlos de pasada o recluirlos en apresuradas notas a pie de página en lugar de incorporarlos a mi relato y dialogar con ellos. Porque, mal que bien, eso proponía: entablar un diálogo crítico. Lo irónico del caso es que, en un texto que busca reivindicar un «verdadero debate historiográfico», nuestro autor cargue contra quien también lo ha pedido varias veces. Ciertamente que no soy un historiador de categoría, y por tanto no hay que tomarlo muy en serio. Pero ya que encuentra en mis escritos supuestas deformaciones de sus palabras, bien podría haber retenido también que en los tres que dedico a la etapa del Frente Popular llamo a hacer de ese periodo un «espacio de debate» (expresión que llevo incluso al título de uno de ellos y al del epígrafe final de otro). Un debate sobre esos meses, en tanto que núcleo duro de los años treinta, porque en ningún otro momento hubo un tan hondo debate sobre qué tipo de régimen y sociedad se buscaba ni tanta disparidad de proyectos rivales. Pero también un debate sobre cómo estudiarlos, qué conceptos utilizamos y con qué implicaciones o qué relación mantenemos con aquel tiempo en este incierto presente.⁸

El pesimista diagnóstico del profesor Ranzato sobre la posibilidad de afrontar un tal debate no es tampoco original. Por ejemplo, Manuel Álvarez Tardío señalaba algo así hace dos años, y lo achacaba también a los «prejuicios» de una historiografía que antepondría su «sesgo partisano» (de izquierdas) a la debida objetividad y fidelidad a las fuentes.⁹ Sin embargo, pueda que no sea tan sencillo y que, si de veras queremos un debate, debamos hacer el esfuerzo de buscar sus términos en terrenos de mayor enjundia.

Enjundiosa es, para empezar, la cuestión de





las fuentes. Ranzato alega con razón que deberían ser «el punto de partida» y «la base imprescindible» de todo debate. Ahora bien, la cosa merece algún comentario. Por un lado, de sus frases parece inferirse que sus críticos militantes no las usan o las subordinan a sus prejuicios partidistas. Algo sorprendente cuando entre los aludidos se encuentra Ángel Viñas, uno de los estudiosos que más y mejor se apoya en vastos repertorios documentales. Y por otro, el propio historiador italiano reconoce después que las fuentes son requisito indispensable pero no suficiente. Más aun, afirma que lo que cuenta es la interpretación, «el entramado de inducciones y deducciones» y la conexión entre distintos eventos y realidades. Se trata de algo sugerente en términos de discusión epistemológica y que podría ser una buena base para el debate. Sin embargo, lo cierra nada más arrancar con una simplificación parcial y abusiva: para Ranzato, estarían de una parte quienes enjaulan las fuentes dentro de prejuicios y supuestas verdades incuestionables y de otra los que, libres de tales trabas, hacen la «buena» interpretación desde el «juicio sereno». El esquema dicotómico está implícito: de un lado, los historiadores militantes, y, de otro, los desprejuiciados, como —se entiende— él mismo.

Profundizar en estas cuestiones desbordaría el espacio aquí disponible y mis competencias, pero me atreveré a sugerir un par de posibles vías de discusión. La primera parte de la separación entre fuentes e interpretación. Aunque no lo diga así, se podría entender de lo que escribe Ranzato que las fuentes están ahí, prístinas, salvaguardando los hechos históricos, y que, una vez rescatados, estos serían interpretados, mejor o peor dependiendo de las competencias y grado de prejuicios de cada historiador. Por un lado, sería inacabable la nómina de autoridades que sostienen que los hechos históricos no están dados esperando en las fuentes, que sin preguntas no hay documentos y que el trabajo sobre estos no es neutro. En la propia selección de fuentes y en la identificación de los hechos

el investigador ya está interpretando y construyéndolos desde sus particulares coordenadas. Y por otro, tampoco está claro que al interpretar y al elaborar relatos históricos intervengan solo las competencias y la ausencia o presencia de prejuicios. Ya no hace falta ser Hayden White o Michel de Certeau para afirmar que lo que determina la escritura de la historia no es solo las fuentes, las técnicas heurísticas y la ideología. Lo hacen también cuestiones menos evidentes como los cambiantes significados que otorgamos a los conceptos, las formas de argumentación —que determinan el contenido—, las tramas narrativas con que hilamos los relatos, el mayor o menor «peso» teleológico con que asumimos el pasado o las leyes del medio de lo que el segundo de esos autores llamaría «institución histórica».¹⁰

Y como esto es mucho más difícil que soslayar que los supuestos prejuicios partisanos, llegaríamos así a una segunda línea de discusión. Si queremos que el debate no resulte un mero juego floral académico, un diálogo de sordos donde cada uno grite su versión más alto que el otro y se queje de que no se le escucha, tal vez haya que empezar por reconocer algo que la mayoría estaríamos dispuestos a aceptar en general pero menos a asumir en primera persona. Reconocer que todas y todos quienes escribimos sobre el pasado, y máxime sobre uno tan conflictivo como la década de 1930, lo hacemos desde la concreta posición que ocupamos en el mundo y con condicionantes individuales y grupales de tipo social, político, cultural, sexual, generacional, nacional, religioso, institucional, gremial, profesional, etc.

Para nada se trata de extender un grosero todo vale, porque hasta para quienes defienden el relativismo del conocimiento histórico unos relatos valen más que otros. Tampoco de aplaudir tomas de partido a priori, por definición limitadoras sean del tipo que sean. **Algunas son tan evidentes, por ejemplo en clave nacionalista, que el resultado tiene poco que ver con lo que solemos entender por historia.** Se trataría de





admitir que, al historiar, no somos vestales ni eunucos morales y que, aunque pudiéramos, tal vez no sería adecuado serlo ante cuestiones como los mayores genocidios, guerras y dictaduras; que los criterios de validación de nuestras obras no pueden circunscribirse a la mera dimensión «técnica» del oficio y a la pretensión de dejar en casa nuestros condicionantes; y que tal vez conocer y reconocer estos últimos sea el único modo de minimizar su influencia o al menos de poder entendernos cuando discrepamos.

El estudio y polémicas sobre los años treinta son un buen campo de prueba de todo eso. Lo son, de una parte, respecto de esto último. El reproche de que haya historiadores «militantes» parece implicar que quienes lo lanzan se consideran más o menos incontaminados por el medio e identidades que los definan. Es un loable horizonte ideal y qué duda cabe que unos se acercarán a él más que otros. Pero además de que es imposible situarse del todo *au-dessus de la mêlée*, la pretensión de estarlo es ya en sí misma una toma de partido que a menudo corresponde a posicionamientos supuestamente moderados o equidistantes. Posicionamientos tan parciales e históricamente determinados como cualquier otro y que también condicionan la mirada del historiador (por ejemplo privilegiando las actitudes «centristas» y teniendo más problemas para aprehender las racionalidades de actores políticos de los «extremos» y de sujetos colectivos). En ese sentido, aunque comparto con Ranzato la desconfianza hacia la «historia militante», no tengo tan claro que sea «ridículo» identificarse más con un bando que con el otro: por la imposible neutralidad axiológica; porque remitir al ideal de la democracia liberal y privilegiar el punto de vista de «la Tercera España» y «las clases medias moderadas de ayer y de hoy» es legítimo pero supone también una toma de posición; y porque no creo que encontrarse más próximo a los perdedores que a los vencedores de 1939, como es mi caso, sea incompatible con estudiar críticamente a los primeros y con abordar sus facetas más oscuras,

por ejemplo las violencias que tuvieron por escenario la zona republicana.¹¹

De igual modo, los años treinta ejemplifican asimismo que parecidos eventos y evidencias empíricas pueden sustentar conclusiones diferentes y hasta opuestas; y que, salvo en el caso de historietógrafos de todo jaez, eso puede deberse no a una cuestión de fuentes, incompetencia, tergiversaciones, partidismo o mala fe de unos u otros, sino a los diversos objetivos, marcos teóricos, hipótesis, marcos concretos de estudio, tipo de actores identificados, entramados narrativos, etc. Acaso la caricatura grotesca que dibuja se le pueda pasar a un literato metido a censor.¹² Pero entre colegas reconocidos, no es preciso recurrir a falta de fuentes y a pretendidos prejuicios. Sobre las primeras, las de esa década están muy desbrozadas y no se esperan ya grandes descubrimientos, de modo que se trata sobre todo de las nuevas preguntas que se les hacen. Y sobre los segundos, resulta una arriesgada acusación, entre otras cosas porque arbitraria es la frontera entre los que se puede juzgar admisibles y los que no.

Todo ello puede verse a partir del texto de Ranzato. Este considera por ejemplo que en la República en guerra «no hubo ninguna democracia» pues esta habría sido abortada por la revolución social y la violencia, y reprocha al prejuicio de Viñas que para este sí la hubiera. Sin embargo, llama la atención que los críticos con el primero y con quienes han esgrimido tesis similares les acusen también de aprioris partisanos y fundamenten asimismo sus tesis en abundantes fuentes. ¿Son acaso peores las de unos que las de los otros? En realidad, se podría alegar lo obvio: por supuesto que la democracia parlamentaria había sido barrida por el incendio de la guerra y la revolución en verano de 1936; pero la República y sus apoyos no fueron los pirómanos y respondieron como pudieron, sus gobernantes se dedicaron a abortar esa revolución y reconstruir el Estado, y nada se entiende en abstracto sin situarlo en las coordenadas de aquella guerra a muerte planteada por los





sublevados frente a cuyas armas poco podían defender la Constitución y los principios de la democracia liberal.

Pero junto a ello, se podría sugerir otros elementos para un debate. Así, en primer lugar, tal vez las dos versiones no sean tan incompatibles. En aquella República en guerra que albergó proyectos variados y opuestos de Estado y sociedad, es posible encontrar tanto la revolución que arrolló la democracia como la democracia liberal que se defendió del doble asalto sublevado y revolucionario. Con presencia inversamente proporcional, la una primero y la otra después, ambas se dieron en el marco de evolución y radical competencia política y social que caracterizó a la zona republicana. De modo que no haría falta recurrir a tergiversaciones ni prejuicios inconfesables, y esta cuestión se convierte en ejemplo gráfico de cómo las preguntas, conceptos y objetivos condicionan los resultados. Ver más o menos democracia tendría que ver así con dónde ponemos el foco, qué actores, realidades y racionalidades políticas privilegamos y cómo los insertamos en una trama argumentativa al tratar de dar sentido al inabarcable torrente de datos y eventos que nos llegan de aquel pasado.

Y tendría que ver asimismo, en segundo término, con el significado que atribuimos a los conceptos y que, cuanto más amplios son, se hacen menos neutros y más valorativos. Pasa desde luego con el de «revolución». Hoy es habitual concebirla **sobre todo** en términos de «desmanes revolucionarios» y al margen de cualquier valencia emancipadora. Ahora bien, no hace falta cultivar la historia de los conceptos para afirmar que esa carga peyorativa es un producto histórico de lo que Traverso llamara actual «sensibilidad posttotalitaria»; que su semántica era diferente antes de la caída del muro de Berlín y la impugnación de todo proyecto revolucionario, y no digamos en los años treinta, cuando parecía investida de un halo taumatúrgico y, con una definición u otra, la reivindicó buena parte del espectro político y social; y que aplicarle el sen-

tido de hoy dista de ser inocente, nos aleja del mapa cognitivo de aquel tiempo y puede llevar a juzgarlo desde categorías presentistas —por ejemplo, si vemos toda revolución como contrapunto negativo de una supuesta democracia liberal virtuosa y pacífica—.¹³

De hecho, qué quiere decir cada cual con «democracia» es un nudo gordiano aun mayor. Trabajos como los de Ranzato subrayan no sin razón las carencias y déficits democráticos de la República. Sin embargo, no está exento de discusión hasta qué punto podemos evaluar las actitudes políticas de 1936 a partir del concepto de democracia que puede ser hegemónico tres cuartos de siglo después, cuando entonces estaban operando otros muy diferentes. La compleja génesis y polisemia del concepto exigen cuando menos algo más que dar por sentada una concreta definición, porque eso puede convertir en tipo ideal una noción actual, y por tanto su naturalización ahistórica, y porque la profunda crisis actual de los sistemas políticos occidentales muestra además cada día que poco tiene de modelo insuperable.

Frente a tales nociones concretas de esos y otros conceptos, lo que aquí se defiende no es oponerles otras sin más. Tampoco la fútil pretensión de desprendernos de los significados y valores de nuestro presente, cosa imposible. Lo que se propone es tratar al menos de tomar en serio en su pluralidad los del tiempo historiado —algo que no tiene por qué conducir a relativismo moral alguno— y asumir críticamente que toda mirada historiográfica implica una relación transferencial del historiador con el pasado estudiado —lo que tampoco aboca al relativismo gnoseológico—. Es obvio que no son remedios milagrosos. Remiten a amplias problemáticas que siempre han girado y girarán alrededor de la práctica historiográfica y para las que no hay ni quizá pueda haber solución. Pero parecen mejor punto de partida para un debate que las acusaciones en clave de malintencionada tergiversación, prejuicios y militancia partidista, que más que debate generan diálogos de sordos. Lo





LECTURA

parecen aunque solo sea porque todo ello podría ayudar a conocer mejor la trastienda de nuestros relatos históricos sobre los años treinta, y tal vez a confrontarlos así mejor con los que producen otros fuera de nuestro gremio y en los que buena parte de la ciudadanía se reconoce mejor que en los nuestros.

NOTAS

- ¹ Todos estos entrecuillados, como los siguientes si no se dice otra cosa, proceden del texto de Ranzato que precede a este. Parecidos argumentos, v.gr., en Fernando del Rey, «Revisionismos y anatemas. A vueltas con la Segunda República», *Historia social*, 72 (2012), pp. 155-172.
- ² Lo cual digo sin la menor acritud, porque su autor era yo mismo y, si no lo soy ahora, menos podía ser «de categoría» entonces. La reseña apareció en *Historia del Presente*, 6 (2005), pp. 235-238. El libro de Ranzato es *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes. 1931-1939*, Siglo XXI, Madrid, 2006 [2004].
- ³ V. gr. Fernando del Rey, *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008; Manuel Álvarez Tardío, Roberto Villa García, *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*, Encuentro, Madrid, 2010; Fernando Del Rey (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Tecnos, Madrid, 2011; Manuel Álvarez Tardío, Fernando Del Rey (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos*, RBA, Barcelona, 2012.
- ⁴ Esto último pudo oírse en un encuentro científico, y se referiría a las obras de Ángel Viñas (ed.), *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Pasado y Presente, Barcelona, 2012, y Francisco Sánchez (ed.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013. Si la segunda la firmamos nueve autores, en la primera somos 34 y es imposible encontrar entre ellos univocidad alguna.
- ⁵ A Viñas le achaca «un pequeño *filibustering* descalificador», «un prejuicio insostenible» e «infundado» y confundir «el oficio de historiador con el de abogado de la República», y de Sánchez se lee que está «menos embarazado que otros por escrúpulos profesionales».
- ⁶ Entre los trabajos de Ranzato que referencio están los libros que él mismo cita, pero también otros menos conocidos como la obra que dirigió sobre *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea* (Turín, Bollati Boringheri, 1994) y hasta otros ocho artículos y capítulos de libro.
- ⁷ José L. Ledesma, «De prólogo a espacio de debate: la etapa del Frente Popular y la historiografía», en M. Ballarín y J. L. Ledesma (eds.), *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones*, Fundación Rey del Corral, Zaragoza, 2010, pp. 165-203; *id.*, «El núcleo duro de los años treinta: la historiografía reciente sobre el periodo del Frente Popular», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 48 (2013), pp. 123-143; *id.*, «La 'primavera trágica' de 1936 y la pendiente hacia la guerra civil», en F. Sánchez (ed.), *Los*

mitos del 18 de julio, pp. 313-339 (cita en p. 330). Lo de Traverso, en *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid, 2007, pp. 93-101 (entrecuillado en p. 101).

- ⁸ Véanse mis tres textos citados en la nota anterior, sobre todo «El núcleo duro», pp. 140-143.
- ⁹ Manuel Álvarez Tardío, «¿Para cuando un debate histórico sin prejuicios? A propósito de la reseña de Samuel Pierce sobre *El Precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*», *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 36: 1 (2011), pp. 153-157.
- ¹⁰ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, Iberoamericana, México D.F., 1993 [1975], p. 81. Para lo anterior, v. gr., Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1986 [1953], pp. 21-22; Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona, 1993 [1961], *pássim*; Antoine Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Cátedra, Madrid, 2001 [1996], p. 92.
- ¹¹ Que es la cuestión a la que he dedicado el grueso de mis investigaciones, y creo que no de forma particularmente benévola hacia nadie. Lo de la tercera España y las clases medias, en Gabriele Ranzato, *La grande paura del 1936. Come la Spagna precipitò nella guerra civile*, Laterza, Bari, 2011, pp. x-xi.
- ¹² Andrés Trapiello, *Ayer no más*, Destino, Barcelona, 2012.
- ¹³ Traverso, en su *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, P.U.V., Valencia, 2009 [2007], p. 16.

